

CAPÍTULO CUARTO

IRÁN, EL CÁUCASO Y LA SEGURIDAD DEL MAR CASPIO

José Luis Calvo Albero

RESUMEN

La influencia iraní sobre el Cáucaso y el litoral sur del mar Caspio se remonta a milenios atrás. Irán (Persia) es la potencia que siempre estuvo allí. Pero en los últimos siglos esta influencia quedó relegada a un segundo plano por la supremacía de los Imperios otomano y ruso. Irán trata de recuperar algo de su influencia tradicional, aunque consciente de su difícil posición. Los objetivos de Teherán son mantener una buena relación con sus vecinos, evitando que se conviertan en bases para un posible ataque contra su territorio, participar en el negocio de la exportación de los recursos energéticos de la región y tratar de romper el aislamiento internacional al que ha sido sometido. Como consecuencia, la amenazadora retórica que Irán utiliza contra Occidente, Israel y los estados del golfo Pérsico, no se corresponde con la actitud dialogante que adopta con sus vecinos del Cáucaso y el Caspio.

Palabras clave:

Irán, Cáucaso, mar Caspio, Asia Central

José Luis Calvo Albero

ABSTRACT

Iranian influence on the South Caucasus and the Caspian Sea coast goes back millennia. Iran (Persia) is the power that was always there. But in recent centuries this influence was relegated to the background for the supremacy of the Ottoman and Russian empires. Iran is trying to regain some of its traditional influence, though aware of his difficult position. The objectives of Tehran are maintaining good relations with its neighbors, preventing them from becoming bases for a possible attack against its territory, engage in the business of export of energy resources in the region, and try to break the international isolation the country suffers currently. As a result, the threatening rhetoric that Iran uses against the West, Israel and the Gulf states, does not correspond with the attitude it takes dialogue with its neighbors in the Caucasus and the Caspian regions

Key words:

Iran, Caucasus, Caspian Sea, Central Asia

■ INTRODUCCIÓN. LA HUELLA DE PERSIA EN EL CÁUCASO Y EL SUR DEL CASPIO

■ Una historia milenaria

De las tres potencias regionales que hoy ejercen su influencia en la región del Cáucaso, la Federación Rusa, Turquía e Irán, puede considerarse a esta última como la más ancestral. Irán es la versión contemporánea de las sucesivas reencarnaciones del poder y la cultura persa a lo largo de la historia. Y el primer contacto de lo persa con los habitantes del Cáucaso se remonta a los inicios del I Milenio A. C., cuando los pueblos entonces asentados en la gran meseta irania comenzaron a formar sólidas organizaciones políticas y a expandirse.

Así pues, la influencia persa en el Cáucaso se ha prolongado durante milenios, y ha llegado en muchos casos a alcanzar los sustratos identitarios más profundos de los pueblos caucásicos. Irán (Persia) ha sido la potencia que siempre estaba allí. Y aunque su peso político y militar se ha visto sujeto a dramáticas oscilaciones, quedando oscurecido en los últimos siglos por el poder otomano primero y ruso después, la herencia cultural persa permanece.

Tradicionalmente, el Cáucaso Sur ha representado para Irán el papel tanto de frontera como de lugar de tránsito. Los Imperios medo, aqueménida, parto y seleúcida consideraron que en las estribaciones de la cordillera caucásica estaba uno de los límites naturales para su expansión. Pero esas tierras representaban algo más que una remota frontera. Cualquier intento de avance hacia el oeste desde la meseta irania se encontraba con el entonces peliagudo problema de atravesar los desiertos de Siria y Arabia. Y la única vía alternativa era remontar hasta sus fuentes el curso de los grandes ríos gemelos, el Tigris y el Éufrates, para desde allí penetrar en la meseta de Anatolia o, más frecuentemente, descender hacia las ricas llanuras costeras del Creciente Fértil, y a Egipto.

Así pues, el control de las rutas que transitaban las fuentes de los grandes ríos se convirtió en necesidad estratégica, e hizo que Persia tuviese que prestar una especial atención a las regiones situadas al sur del Cáucaso y el mar Caspio. Inevitablemente, esa necesidad estratégica se hizo evidente también para los imperios y estados que pugnaban con Persia, y pretendían expandirse en sentido inverso. Por las tierras altas del Tigris penetró Alejandro Magno, para poner fin al Imperio persa aqueménida en la gran batalla de Arbela (el actual Irbil, en el Kurdistan iraquí). Y esas regiones fueron también testigos del enfrentamiento entre Roma y el Imperio persa seleúcida, que establecieron allí sus fortalezas fronterizas, entablando una

dura pugna que solo terminó cuando la marea árabe musulmana del siglo VII hizo replegarse a unos hacia Constantinopla, y desterró a los otros del curso de la historia.

La importancia de la región para el tránsito entre Oriente y Occidente se mantuvo durante el tiempo, y con frecuencia para desgracia de sus habitantes, pues todas las periódicas invasiones de pueblos nómadas de Asia Central pasaban ineludiblemente por el Sur del Caspio y el Cáucaso. Fue el caso de los turcos en el siglo X, los azeríes y gaznavíes en el siglo XI y los mongoles a partir del siglo XIII.

En su esfuerzo por controlar los territorios al sur del Cáucaso, los persas entraron en contacto con una gran diversidad de pueblos autóctonos. La naturaleza montañosa de la región tuvo mucho que ver con que muchos de esos pueblos se mostrasen belicosos, y difíciles de someter a la autoridad real. Fue y es el caso de los kurdos, que se han opuesto a cualquier poder foráneo durante milenios. Y también de los armenios, cuya conversión al cristianismo en el siglo III tuvo mucho que ver con la consolidación de una identidad independiente de lo persa, y orientada hacia Occidente

La orografía también convirtió el Sur del Cáucaso en tierra de refugio de minorías, a veces perseguidas. En los fértiles valles de lo que hoy es Armenia, Georgia y Azerbaiyán, en la región conocida como Transcáucaso, era posible combinar la seguridad que proporcionaba las áreas montañosas con los beneficios del comercio. Allí se refugiaron muchos judíos huyendo de la represión romana tras los levantamientos del 70 y 130 d. C. Y su influencia llegó a ser de tal importancia que consiguió la conversión al judaísmo de un pueblo de las estepas, los jázaros, que mantuvo durante siglos el control de los territorios al norte de la cordillera caucásica. También se refugiaron allí los ismaelitas nizaríes, más conocidos por su sobrenombre de *hashashin* o “asesinos”. Tomando como centro la fortaleza de Alamut, en la orilla suroeste del mar Caspio, estos defensores de una versión muy radical del chiismo mantuvieron en vilo a los gobernantes de Oriente Medio desde el siglo XI al XIII, desarrollando sofisticadas técnicas terroristas orientadas al magnicidio.

Cuando en el siglo XIII las invasiones mongolas terminaron por fin con los asesinos, y a su vez con gran parte de la población de Persia, las regiones al sur del mar Caspio ganaron una nueva relevancia. El dominio mongol de la mayor parte de Asia Central y China facilitó el comercio con Extremo Oriente, al que se unieron con entusiasmo algunas potencias europeas como Venecia. La famosa Ruta de la Seda bordeaba la orilla sur del Caspio antes de dirigirse hacia la ciudad de Samarcanda, en lo que hoy es Uzbekistán. La pujanza económica de las rutas produjo cierta recuperación en los territorios de población persa, pero apenas durante un

siglo y medio, hasta que una nueva invasión de nómadas, esta vez los turco-mongoles de Tamerlán, devastara de nuevo la región. El Cáucaso sufrió especialmente bajo esta nueva ola de invasores debido, sobre todo, al paso alternativo por la región de los ejércitos de Tamerlán y los de su enemigo más tenaz: la Horda de Oro mongola que controlaba el sur de Rusia.

Finalmente, Tamerlán sentaría las bases para crear en la región caucásica los cimientos de la situación actual. Su victoria sobre la Horda de Oro permitiría a los rusos del Principado de Moscú avanzar hacia el sur. La incapacidad del conquistador mongol para establecer una administración estable en los territorios conquistados, permitirá la recuperación de los turcos otomanos, asentados desde el siglo XIII en Anatolia, y el resurgir de una entidad política persa, bajo la dinastía Safaví, que procedía precisamente de las montañas de Azerbaiyán. Surgirá así la triple influencia sobre las regiones caucásicas que se mantendrá hasta nuestros días.

Persia rara vez se aventurará al norte de la cordillera caucásica, aunque hasta allí llegará su influencia. Durante algún tiempo se considerará a los kanatos allí establecidos, como Daguestán, como vasallos del sah⁽¹⁾ persa. Pero será el Imperio otomano el que ejercerá una influencia cada vez más intensa sobre la región caucásica, hasta que, a comienzos del siglo XIX, Rusia comience su penetración en la zona. El avance ruso llevará a varias guerras sucesivas con Persia, en las que la superioridad tecnológica de las tropas del zar obligará a un rediseño de las fronteras, formalizado en los Tratados de Gulistán (1813) y Turkmenchay (1828) que arrojará a los persas de la región. Serán ahora rusos y otomanos quienes lucharán por el control de los territorios situados en el Transcáucaso.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la situación de Persia se asemejará cada vez más a la de su rival otomano. Ambos imperios, decadentes y agotados, tratarán de modernizar sus estructuras políticas y económicas, y de adaptarse a la revolución tecnológica que estaba experimentando el mundo occidental. Pero pronto quedó claro que resultaba imposible situarse al nivel científico y tecnológico de las potencias occidentales. Como consecuencia, tanto el sultán otomano como el sah persa verán cómo sus ejércitos son derrotados en el campo de batalla, y sus naciones quedan a merced de la penetración de británicos y rusos en Oriente Medio.

La pugna entre Londres y Moscú, el “Gran Juego”, como Kipling lo denominó, afectará también a Persia aunque no en el Cáucaso, donde la partida ante Rusia parece definitivamente perdida. El sah Nasseridin, el

⁽¹⁾ Sah (rey) es un título tradicional de los gobernantes persas. Ocasionalmente, en las épocas de esplendor, los monarcas han adoptado el título de *Shahamsha* (rey de reyes)

gobernante más lúcido de la dinastía Kayar, intentará entrar en el juego como un actor más, acercándose sucesivamente a Rusia o a Gran Bretaña y tratando de contrapesar la excesiva influencia de uno y otro en la región. Pero los resultados serán decepcionantes. Los ejércitos persas serán expulsados definitivamente de Afganistán, mientras que tropas británicas harán acto de presencia en el golfo Pérsico. Finalmente, el tratado anglo-ruso de 1907 contemplará la división de Persia en tres áreas: la Norte se sitúa bajo la influencia rusa, la del Este y Sur se reserva para Gran Bretaña, y la zona central se considera territorio neutral, en el que ambas potencias son libres de ampliar sus intereses según sus deseos y posibilidades.

Los intentos de reforma de la decadente dinastía Kayar sublevarán a los grupos de poder más tradicionales, que en Persia era el clero chií. Al mismo tiempo, la incapacidad para llevarlas a cabo hará que surjan movimientos revolucionarios entre los grupos más progresistas. Cuando esta idea de revolución y ruptura con el pasado alcance a la oficialidad del Ejército, y se mezcle con las convulsiones de la Primera Guerra Mundial, la monarquía tradicional se vendrá abajo. Un calco de los acontecimientos ocurridos en Estambul por esas mismas fechas.

Como en Turquía, Persia experimentará también una vigorosa reacción nacionalista y modernizadora. Pero ni su líder ni la entidad de las reformas resistirán la comparación con las turcas. Reza Khan, un oficial de origen caucásico, jefe de la temible Brigada Persa Cosaca dará el golpe de gracia a la dinastía Kayar e iniciará un proceso dramático de modernización. Pero al contrario que Mustafá Kemal en Turquía, caerá en la tentación de entronarse y fundar una dinastía.

También conseguirá asentar de nuevo las fronteras persas, pese a la inmensa presión que se ejerció sobre ellas, especialmente las caucásicas, durante la Revolución Rusa. Grupos de combatientes “blancos”, opuestos al gobierno bolchevique se refugiarán en territorio persa. E incluso una de las provincias del país, situada al sur del Caspio, Gilan, se convirtió por algunos meses en una república socialista soviética. Finalmente, la URSS firmó un tratado de amistad con Irán, nueva denominación del país adoptada por Reza Khan.

La consolidación de la Unión Soviética cambiará dramáticamente el equilibrio de poderes en el Cáucaso. Armenia, Georgia y Azerbaiyán, pese a algunos amagos de resistencia apoyados por Alemania y Gran Bretaña, se convertirán en repúblicas socialistas soviéticas. Turquía y Persia tendrán bastante con lamer las heridas de sus respectivas revoluciones y tratar de convertir los restos de su pasada grandeza en estados modernos y viables. El Gran Juego en el Cáucaso quedó así paralizado por décadas.

Reza Khan se convirtió en Reza Pahlevi, y Persia se convirtió en Irán. Los años que transcurrieron hasta la Segunda Guerra Mundial fueron de paz y progreso, y en ellos pudieron consolidarse las élites urbanas que en las grandes ciudades, y sobre todo en Teherán, se convirtieron desde entonces en motor de todo movimiento modernizador.

Pero el sah dejó ver demasiado a las claras sus simpatías por Alemania, algo lógico teniendo en cuenta las pasadas experiencias del país con británicos y rusos. Tales inclinaciones resultaron fatales, pues en 1941 Gran Bretaña y la URSS decidieron eliminar cualquier amenaza a sus retaguardias en Oriente Medio, el Cáucaso y la India. Sus fuerzas penetraron en 1941 en territorio iraní. La ocupación de Irán abría además una importante ruta de comunicación entre las potencias occidentales y la URSS. En Teherán tuvo lugar, en 1943, la cumbre entre Stalin, Churchill y Roosevelt en la que se decidiría la estrategia para terminar la guerra. Y el territorio y los puertos iraníes permitían el abastecimiento de la URSS a través del cabo de Buena Esperanza y el Índico, una ruta mucho menos peligrosa que la que cruzaba el Atlántico Norte y el Ártico hasta Murmansk.

El sah Reza Pahlevi tuvo que abdicar en su joven hijo, Mohamed, y partir hacia el exilio en el que murió. La invasión anglo-rusa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia iraní, y puede decirse que se creó entonces un nacionalismo cuya base era precisamente la oposición a rusos y británicos. El movimiento no carecía de razones objetivas. La URSS y Gran Bretaña solo replegaron sus fuerzas tras el conflicto después de que el Gobierno iraní se aviniese a ventajosas concesiones petrolíferas. Y en el caso soviético, no sin que antes se proclamase la independencia del Azerbaiyán y el Kurdistán iraní. Sólo tras las concesiones recibidas de Teherán y la presión de las recién creadas Naciones Unidas accedió Stalin a retirar sus fuerzas del territorio de Irán. Las repúblicas rebeldes fueron abandonadas a su suerte, y sometidas de nuevo por las fuerzas de Teherán.

La frustración del pueblo y las élites persas estalló tras el final del conflicto. La población apoyó de forma entusiasta al primer ministro Mohammad Mosaddeq que encarnaba el nuevo nacionalismo iraní. Enfrentándose a gran parte de las fuerzas armadas y al propio sah, partidarios de una postura conciliadora con Gran Bretaña y la URSS, Mosaddeq decidió nacionalizar la industria petrolera del país, lo que le llevó a una situación casi prebélica con Londres. Por añadidura nacionalizó también la industria pesquera, controlada por la URSS.

Pero las reformas de Mossadeq, aunque populares, causaron una aguda alarma tanto en Occidente como en la URSS. Así, cuando EE. UU. apoyó un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas iraníes, Musaddeq no

encontró apoyos internacionales. Su caída dejó como líder de los destinos del país al Ejército, y al débil y caprichoso sah Mohamed Reza Pahlevi.

Las más de dos décadas que siguieron fueron de prosperidad. Pero se trataba, en gran medida, de una prosperidad engañosa. El sah Mohamed Reza no tenía ni la energía ni la visión modernizadora de su padre, y se dedicó esencialmente a vivir de los pingües beneficios obtenidos de la explotación de sus reservas de petróleo. Gran parte de esa riqueza se esfumó en faraónicas celebraciones, y en la organización de una fuerza armada insostenible de puro gigantesca. Como les ocurrió a los últimos gobernantes de la dinastía Kayar, el programa de reformas fue lo suficientemente evidente como para irritar a las clases más conservadoras de la sociedad iraní, pero no lo bastante eficaz como para brindar mejoras reales en la vida de los ciudadanos, o lo bastante profunda como para contentar a las clases urbanas.

La situación llegó a deteriorarse tanto que convirtió en realidad la improbable alianza entre las clases urbanas progresistas y la población más conservadora dirigida por el clero chií. En 1978 comenzaron las primeras revueltas violentas contra el sah, que comenzaron en la ciudad de Qom, baluarte tradicional del chiismo, y cuna de un hombre que se convertirá en clave para la naciente revolución: el ayatolá Ruhollah Jomeini.

La primera actitud del soberano ante las revueltas fue sencillamente la de endurecer la represión, que se había convertido en seña de identidad del régimen en las décadas anteriores. Esto no hizo más que irritar aún más a la población, con lo que los disturbios se extendieron a las principales ciudades, y llegaron masivamente a Teherán en septiembre de 1978. La posición del sah se hizo insostenible y en enero de 1979 abandonaba el país. Bastó un mes más para que un Jomeini retornado triunfante del exilio en Francia acabase con lo que quedaba del régimen monárquico.

Derrocado el sah, los islamistas reunidos en torno a la figura de Jomeini no tuvieron excesivos problemas para marginar a sus aliados laicos e izquierdistas, e instaurar en pocos meses una república islámica. Fue esta una manifestación temprana de un fenómeno que se repite hoy con insistencia en el mundo musulmán. Los tiranos son derrocados por una coalición de diferentes movimientos políticos, pero finalmente son los mejor organizados, y en esto los islamistas se llevan la palma, los que acaparan el poder.

Jomeini sustituyó el aparato represor del sah por otro de carácter religioso, y sustituyó el servicio de seguridad del Estado, la tristemente célebre SAVAK, por milicias integradas por jóvenes fanáticos. Irán se convirtió en un experimento con elementos de democracia parlamentaria y un fuerte

componente de dictadura religiosa. El Parlamento y el presidente de la República son elegidos por sufragio popular, pero los elementos claves del Estado están controlados por el Guía Supremo de la Revolución, un ayatollah que inicialmente fue el propio Jomeini. El Guía elige la cúpula de las Fuerzas Armadas y del Poder Judicial, y controla en la práctica el Consejo de Guardianes de la Revolución, un órgano que, entre otros cometidos, decide quién puede presentarse y quién no a las elecciones legislativas y presidenciales. Puede suponerse que con tal estructura de poder resulta difícil cualquier intento de cambio o desafío a la clase religiosa dirigente.

Además, el avasallador autoritarismo del régimen fue reforzado por la invasión iraquí de 1980. Jomeini había conseguido lo que se ha convertido ya en especialidad iraní en el último siglo: alarmar a sus vecinos y quedarse sin aliados. EE. UU. estaba atónito por la caída de su principal apoyo en la región y el secuestro por parte del nuevo régimen del personal de su embajada en Teherán. La URSS se alarmó ante un activismo islámico que podía transvasarse rápidamente hacia la población musulmana dentro de sus fronteras, y especialmente en la zona del Cáucaso. Y los vecinos de Irán, Arabia Saudí, Iraq o Emiratos Árabes Unidos, temieron un levantamiento similar de sus minorías chiíes.

En esta situación, los acontecimientos mundiales parecieron girar en torno a la revolución iraní por un tiempo. La URSS incrementó su presencia en Afganistán, y finalmente invadió militarmente el país, en parte por el temor de que se convirtiese en puerta de entrada para el islamismo radical. EE. UU. pugnó por la devolución de su personal tomado como rehén en la embajada de Teherán, e incluso llegó a lanzar una operación militar de rescate que terminó en humillante fracaso antes de comenzar. Y ni los estados árabes, ni los europeos, pusieron ninguna objeción a que el líder iraquí Saddam Hussein se lanzase a una aventura militar en Irán, probablemente con la esperanza de que pudiese acabar con el régimen de los ayatolás.

Pero, como tantas veces ocurre, la agresión exterior solo favoreció al tirano interno. La situación de guerra y emergencia dio fuerzas al régimen iraní, facilitó la movilización y el adoctrinamiento de cientos de miles de jóvenes, y proporcionó la excusa perfecta para acabar con cualquier tipo de oposición. La guerra entre Iraq e Irán no significaría el fin del régimen islámico de Teherán, sino una nueva crisis energética global, la muerte de un millón de personas y la creación de una dinámica de conflicto armado en la región, cuyas sangrientas consecuencias todavía permanecen hoy en día.

Pese a su apariencia monolítica, el régimen alberga en su seno diferentes corrientes, algunas de ellas aperturistas. Incluso la cúpula religiosa está dividida.

■ Zoroastro y la Shia. El peso de la religión

En un territorio que ha sufrido tal tránsito de pueblos y culturas, la religión ha sido utilizada con mucha frecuencia como refuerzo del sentimiento identitario. La influencia de lo religioso en la marcha de la historia, tanto en Irán como en el Cáucaso, ha sido muy importante, lo que no es una gran novedad por comparación a otras regiones. Pero allí lo sigue siendo en nuestros días, algo que resulta menos habitual.

La religión asociada al origen de Persia como potencia regional es el zoroastrismo, también denominado mazdeísmo. El zoroastrismo no es realmente una religión monoteísta, pues su cosmovisión se basa en el dualismo entre un principio creador positivo (Ahura Mazda) y otro negativo (Ahrimán). Al primero pertenece la esencia humana, que se concentra en el alma, aunque Ahrimán ha aprisionado las almas de los hombres en un mundo material y engañoso. El camino a seguir pues es el retorno a la unión con Ahura Mazda renunciando al mundo material, que se identifica con lo maligno. Pero todo ser humano es libre para elegir entre recorrer ese camino de retorno al principio positivo, o quedarse en el disfrute de lo material. Y en función de su decisión será juzgado tras su muerte.

Huelga señalar la influencia que este modelo religioso tendría sobre el judaísmo primero, y sobre el cristianismo y el islam después. Pero, en su forma definida por Zoroastro y sus sucesores en la primera mitad del primer milenio A. C. la nueva religión tenía además características que todavía hoy sirven para explicar muchas cosas en Irán y en Oriente Medio. Una de ellas es que consideraba que la vía de retorno a Ahura Mazda era dura y difícil, y solo unos hombres elegidos podían recorrerla sin la ayuda de una clara y firme doctrina religiosa, desarrollada y difundida por una bien estructurada casta sacerdotal.

En consecuencia, los sacerdotes zoroastras se convirtieron en una élite que acumulaba un considerable poder sobre la sociedad persa. Esto les acarrió no pocos problemas con el poder político, incluso con los dirigentes de las dinastías Aqueménida y Sasánida, que teóricamente fueron sus grandes defensores.

Cuando el islam barrió al debilitado Imperio sasánida y los ejércitos árabes penetraron en la meseta irania, no se produjo una conversión masiva de la población, pero sí de las élites gobernantes, que lógicamente y como siempre ocurre, aspiraban a continuar siéndolo. Agobiados por el monopolio del poder ejercido por las belicosas tribus árabes, no tardaron en elegir una modalidad del islam más adecuada a sus intereses.

Y se fijaron entonces en Alí, el primo del Profeta, y el hombre con quien Mahoma tuvo una relación más estrecha. La causa de Alí, de origen humilde como el propio Mahoma, era la de los ofendidos y humillados por los poderosos clanes del desierto arábigo. Y a ella se unieron también progresivamente lo que quedaba de la aristocracia y el funcionariado persa. De hecho, tanto Alí como sus sucesores se refugiaron en el territorio persa y su doctrina creció a la sombra del zoroastrismo. De ahí surgió una versión del islam mucho más sofisticada, compleja y esotérica, que contrastaba con la religión simple y sencilla creada en las profundidades del desierto arábigo.

La nueva rama se denominó de “los seguidores de Alí” (Shia Alí) y pronto se la conoció sencillamente como Shia, que en castellano se traduce por chiismo. Su principal característica provenía de la influencia zoroastra, y rompía la idea de que cualquier musulmán podía relacionarse directamente con Dios sin necesidad de intermediarios, simplemente mediante la lectura del Corán y el estudio de los dichos y hechos del Profeta y sus discípulos directos, que pronto se conoció como *Sunna*. Para los chiíes sólo el imán, el líder supremo del islam tiene la capacidad de interpretar correctamente la doctrina legada por el Profeta. Y el imán tiene que ser un descendiente directo de Mahoma a través de Alí, que se casó con Fátima, una de sus hijas. El imán ejerce su apostolado a través de una casta sacerdotal que recuerda sospechosamente a los sacerdotes zoroastras. Pero la línea de imanes se perdió pronto en el tiempo. A partir del séptimo, según algunas versiones, o del duodécimo, según otras, aunque los sacerdotes siguen manteniendo viva su presencia. El imán sencillamente está escondido, esperando su retorno triunfal como Mahdí, una versión del Mesías judío, y continúa transmitiendo la interpretación correcta de la revelación a sus sacerdotes.

Los sacerdotes chiíes ocuparon así el influyente lugar de sus antecesores zoroastras, y en consecuencia tuvieron casi siempre un papel destacado en la gestión del Estado. El chiismo se desarrolló como un movimiento levantisco, que negaba toda legitimidad a cualquier gobernante musulmán que no descendiese de la línea de Alí. La negación de la legitimidad era un arma poderosa, o al menos un consolador signo de resistencia frente a déspotas y ejércitos ocupantes. Por eso caló en las regiones rápidamente ocupadas por los ejércitos árabes como Persia o el Magreb. Y también en las áreas periféricas de la península Arábiga, que trataban de mantener cierta autonomía frente a los poderosos emires de Medina y La Meca.

En ocasiones el chiismo tuvo manifestaciones muy violentas. Fue el caso de los fatimíes, que desde el Magreb se expandieron hacia Egipto y asentaron una dinastía de califas independientes en la nueva ciudad de El Cairo. También fue el caso de los ismaelitas nizaríes o asesinos, que antes

se han citado. Pero en Persia el chiismo sirvió para reafirmar la identidad de lo persa frente a lo árabe dentro del mundo islámico.

En cualquier caso, la conversión al islam en Persia fue muy progresiva. Durante siglos una parte considerable de la población continuó profesando el zoroastrismo, y también había importantes comunidades cristianas y judías. Muchos pueblos caucásicos se hicieron precisamente cristianos como reacción contra la abrumadora presión del zoroastrismo, como el caso ya citado del pueblo armenio, o del islam, como fue el caso de los georgianos, convertidos a partir del siglo VIII. En las estribaciones al sur del Cáucaso convivían cristianos, musulmanes chiíes y suníes, así como comunidades judías asentadas tiempo atrás.

Hay que decir que, aunque el chiismo fue una religión autoritaria, y de manifestaciones a veces violentas, no se destacó por su persecución de otros credos. De hecho, Persia mantuvo siempre una tolerancia religiosa bastante aceptable, algo en lo que quizás tuvo que ver el hecho de que los chiíes se veían a sí mismos como minoría perseguida, y quizás también a que los persas no sufrieron en sus carnes la presión de los cruzados cristianos.

152

La presión de los sacerdotes chiíes sobre los dirigentes políticos se hizo más fuerte a parte del siglo XIX, cuando los sucesivos sah de la dinastía Kayar intentaron llevar a cabo una reforma que inevitablemente traía consigo ciertas pinceladas de laicismo. En 1905, el sah Nassederin, fue asesinado por un clérigo chií, en una muestra de la radicalidad que se iba infiltrando en la casta sacerdotal. Cuando Reza Khan fundó la dinastía Pahlevi, los clérigos no vieron con buenos ojos sus reformas pro occidentales y aunque la política reformista consiguió crear una élites urbanas cada vez menos influidas por la religión, los clérigos chiíes continuaron gozando de gran influencia en las áreas rurales.

La oposición religiosa a los gobernantes Pahlevi se mantuvo siempre viva, y se tiñó progresivamente de nacionalismo cuando pudo comprobarse que el sah Mohamed Reza era un hombre débil, dominado por potencias extranjeras. La jerarquía religiosa chií era un enemigo temible, debido sobre todo a su organización y a la gran influencia que ejercían sobre una gran parte de la población iraní.

Los clérigos chiíes se forman en Hawzas o escuelas coránicas, que actúan a su vez como centros doctrinales. Aquellos religiosos que destacan por su capacidad para emitir jurisprudencia en casos de aplicación práctica de la ley islámica van subiendo puestos en la escala jerárquica hasta convertirse en marja (persona ejemplar). Los marja reciben con frecuencia el apelativo

de *Ayatollahs*. Un grupo de ellos domina cada una de las principales Hawzas (Nayaf en Iraq y Qom en Irán) y desde allí cuidan de la coherencia doctrinal, administran los fondos obtenidos del Zakat (limosna religiosa) y guían la vida de sus fieles.

Fue uno de estos marja o ayatolá, Ruhallah Jomeini, quien lideró la oposición al sah Mohamed Reza e instauró la república islámica que pervive hoy en día. Fue él también quien diseñó los fundamentos del nuevo estado, que contemplan un estrecho control de las autoridades religiosas sobre los gobernantes políticos. Y fue así, en uno de esos irónicos rizos de la historia, como finalmente la casta sacerdotal persa, surgida hace milenios a la sombra de una religión primigenia, terminó por alcanzar el grado de poder político al que siempre aspiró.

No obstante, pese a su apariencia monolítica, la cúpula religiosa iraní alberga corrientes muy diversas. Hasta la muerte de Jomeini su figura controlaba totalmente el escenario político y religioso. Pero no sin contestación. De hecho, a su muerte no fue sucedido por quien se esperaba, el ayatolá Hussein Ali Montazeri, una de las autoridades religiosas con mayor prestigio dentro de la Hawza de Qom. Montazeri pensaba que Jomeini había ido demasiado lejos en su autoritarismo, y el régimen por él impuesto atentaba contra libertades fundamentales. Esto le valió la marginación política, aunque su figura siguió siendo influyente entre los dirigentes más aperturistas.

Como sucesor a Jomeini se designó a Ali Jamenei, cuya falta de prestigio como clérigo (no era ni siquiera marja) quedaba compensada con su pertenencia al linaje del Profeta, como el mismo Jomeini. Y sobre todo por su ideología conservadora. Pero Jamenei tuvo que lidiar con la presión de los reformistas, que finalmente consiguieron imponerse en las elecciones de 1996, llevando al poder a Mohammed Jatamí. Vino entonces un periodo de apertura y moderación, que terminó en 2005, cuando Ali Jamenei y los conservadores pudieron de nuevo tomar en su mano todas las riendas del poder gracias al éxito electoral de un hombre, Mahmud Ahmadineyad, que no procedía de la casta sacerdotal, sino de los jóvenes revolucionarios de base que asumieron la parte más dura y sangrienta de la revolución de 1979 y la guerra contra Iraq.

Ahmadineyad había sido alcalde de Teherán, y tenía grandes apoyos entre las clases más desfavorecidas. Su apariencia humilde, su buena gestión pública y su política de ayuda y subvención a las clases populares le permitieron ganar las elecciones presidenciales de 2005 contra todo pronóstico, frente al prestigioso Hashemi Rafsanyani, antiguo presidente del país y conservador pragmático. Pero lo que realmente abrió las puertas

a Ahmadinejad fue el fracaso en las políticas económicas y sociales de los reformistas de Jatamí.

El conservadurismo con toques de fanatismo irracional de Ahmadinejad representa la parte más oscura de la república islámica, y tiene mucho de asidero al que se han aferrado los clérigos más conservadores, ante el cada vez mayor empuje de los reformistas. Pero también representa la división de la sociedad iraní, consolidada desde el siglo XIX, entre unas minorías urbanas, prósperas y liberales, y una gran mayoría de población rural y humilde, que se refugia en el consuelo de la religión y en las subvenciones del Estado. Este desequilibrio social se manifiesta también en la aristocracia religiosa, y en la superación de esta brecha se encuentra probablemente la clave para lograr que Irán pueda lograr un día la estabilidad.

■ LA INFLUENCIA IRANÍ EN TRANSCAUCASIA

Como se ha expuesto en el punto anterior, los tres estados que se asientan hoy en la región tradicionalmente conocida como Transcaucasia han tenido abundantes contactos con la cultura y las sucesivas entidades políticas persas. Esto se ha traducido en una gran influencia de lo persa, que, sin embargo, no se ha asentado como identidad dominante en ninguno de los tres estados. Así, la cultura y la tradición persa tienen su hueco en la identidad de armenios, azeríes y en menor medida georgianos, pero al mismo tiempo esas identidades se han desarrollado también como reacción ante la avasalladora presencia del poder iraní. Ya se ha comentado cómo la conversión al cristianismo de armenios y georgianos tuvo mucho que ver con la intención de marcar la diferencia frente a zoroastras y musulmanes respectivamente. Y en el caso de Azerbaiyán, su modelo para diferenciarse del poderoso vecino del sureste se basa en la reivindicación de su herencia turca.

Precisamente Azerbaiyán es el estado que más relación directa ha tenido con Irán a lo largo de la historia, y también el que mantiene hoy en día una relación más compleja con Teherán. Para entender esta complejidad hay que recordar que aproximadamente un veinticinco por ciento de la población iraní es de origen azerí. Y eso es aproximadamente el doble de los que viven en el propio Azerbaiyán.

Podemos recordar además que en Azerbaiyán se encuentran las mayores reservas de crudo de la región, y que el territorio azerí es una de las rutas de tránsito más rentables para llevar hacia Europa el gas procedente de Asia Central. El peso de las exportaciones recae hoy sobre el petróleo, ya que el país destina casi el sesenta y seis por ciento del gas que produce al

consumo nacional, lastrado por unas infraestructuras muy deficientes⁽²⁾. Pero las expectativas son que esta situación cambie en el futuro, con las reservas de gas convirtiéndose en el principal producto de exportación. En cualquier caso, Azerbaiyán es un interlocutor indispensable para cualquier negociación sobre temas energéticos en el Cáucaso

Para Irán, un Azerbaiyán estable y próspero es un fenómeno inquietante. Y en este sentido el régimen de Teherán puede estar inquieto, pues el país caucásico es el segundo del mundo en crecimiento de su PIB en la última década⁽³⁾. Lo que más temen los dirigentes iraníes es que la prosperidad de su vecino termine por soliviantar a sus propias minorías azeríes, y estas comiencen a desarrollar sentimientos independentistas. También podría ocurrir que se produjese un éxodo masivo de azeríes iraníes hacia el estado vecino, aunque esto sería algo que tampoco interesa en exceso al Gobierno de Azerbaiyán⁽⁴⁾.

En cualquier caso, la existencia de las minorías azeríes en Irán ha influido en gran medida las relaciones entre ambos estados. Por un lado, Irán trata de mantener una relación fluida con su vecino, y cuando la URSS se disolvió, estuvo entre los primeros estados que reconocieron a Azerbaiyán. Pero, por otro, ha mantenido una postura de dificultar en lo posible tanto la prosperidad de su vecino como la consolidación del régimen laico y pro occidental establecido en el país. Una de las manifestaciones más conocidas de esta política es la postura de neutralidad que Irán adoptó en el conflicto entre Armenia y Azerbaiyán por el enclave de Nagorno Karabaj, que en términos prácticos se convirtió a veces en un balón de oxígeno para la causa armenia.

La actitud iraní en ese conflicto fue una muestra de la complejidad de las relaciones en el Cáucaso. Por un lado, Irán consideraba oficialmente Nagorno Karabaj como un territorio musulmán, y, por tanto, apoyaba al Gobierno de Bakú. Pero, en la práctica, sus llamamientos a la negociación y la moderación se materializaron en que Irán proporcionó a Armenia, entre 1992 y 1994, un corredor a través de su frontera por el que podían burlar el bloqueo impuesto por Azerbaiyán y Turquía. Irán llegó a mediar activamente en el conflicto, y el presidente Rafsanyani reunió a los presidentes de los estados contendientes en Teherán en 1992. Pero el acuerdo al que llegaron quedó en papel mojado apenas finalizado el encuentro ante los avances de las tropas armenias. El Gobierno azerí se

⁽²⁾ CIARRETA, Aitor y NASIROV, Shahriyar. *Analysis of Azerbaijan Oil & Gas Sector*. 2011. p. 11. Consultado en febrero de 2012 en http://www.usaee.org/usaee2011/submissions/OnlineProceedings/Ciarreta_Nasirov-Article1.pdf

⁽³⁾ El primero es Guinea Ecuatorial.

⁽⁴⁾ CORNELL, Svante E. *Iran and the Caucasus. The triumph of pragmatism over ideology*. GLOBAL DIALOGUE vol. 3, n.º 2-3, Spring/Summer 2001.

sintió estafado por Teherán, que tuvo que pronunciarse públicamente contra la violación armenia de los acuerdos. Pero lo cierto es que Irán siguió permitiendo a Armenia el comercio por su frontera.

Además, tanto Irán como Azerbaiyán se acusan mutuamente de que sus respectivos servicios de inteligencia se muestran muy activos en el territorio vecino. Incluso se han producido rumores de la disposición de Azerbaiyán a permitir el uso de sus bases aéreas para un eventual ataque norteamericano a Irán, posibilidad desmentida por el propio Gobierno azerí. Pero una de las acusaciones lanzada por Teherán contra las autoridades azeríes en febrero de 2012 era más específica. Se refería al probable apoyo de los servicios secretos de Azerbaiyán en el atentado que el mes anterior le costó la vida a un científico iraní vinculado al programa nuclear de su país. No es la primera vez que Irán acusa a su vecino de vínculos con Israel y EE. UU., pero nunca de manera tan concreta y explícita⁽⁵⁾. El posterior atentado contra diplomáticos israelíes en Georgia podría demostrar que efectivamente los servicios secretos iraníes mantienen una actividad en la región caucásica más intensa de lo supuesto.

La buena relación con Armenia es en muchos aspectos una derivada del mutuo recelo entre Azerbaiyán e Irán. El hecho de que un régimen islamista apoye a un estado cristiano en su enfrentamiento con otro estado de población musulmana, y por añadidura mayoritariamente chií, es una muestra de la política de realismo a ultranza que mantiene Irán en el Cáucaso. A este respecto resulta interesante señalar que existe también una activa comunidad armenia en Irán, aunque su número es reducido. Para Teherán los armenios no representan una amenaza, sino un útil instrumento para relacionarse comercialmente con otros estados y minorías cristianas de su entorno. La existencia de una próspera comunidad cristiana dentro de sus fronteras sirve también al régimen para mostrar su lado más moderado, que ciertamente contrasta con las monarquías suníes del Golfo, mucho menos tolerantes hacia cualquier credo no musulmán.

Las relaciones con Georgia han sido tradicionalmente menos estrechas. Irán no tiene frontera común con el país, y aunque ha ejercido cierta influencia histórica en tiempos pasados, los georgianos son el pueblo menos relacionados con la cultura persa de todo el Transcáucaso. Durante el conflicto que este país mantuvo con la Federación Rusa en 2008 la postura iraní fue de neutralidad y cautela. Teherán no ha reconocido las repúblicas de Abjasia y Osetia del Sur, pese a que la primera está habitada por una población mayoritariamente musulmana.

⁽⁵⁾ *Iran Summons Azeri Ambassador over Sheltering Mossad Terrorists*. Consultado en febrero de 2012 en <http://english.farsnews.com/newstext.php?nn=9010174592>

Precisamente, Irán ha tratado siempre de evitar que se le identifique como promotor del islamismo más extremista, y ha sido especialmente cuidadoso en el Cáucaso, sobre todo en aquellas situaciones que puedan alarmar a Rusia. Durante los conflictos en Chechenia, Teherán se limitó a su habitual discurso en defensa de las poblaciones musulmanas, pero siempre ha dejado bien clara su oposición a prestar apoyo directo a los rebeldes.

Sin embargo, Azerbaiyán ha acusado en ocasiones a Teherán de fomentar el fundamentalismo religioso en el país, en el que la mayoría de la población sigue el credo chií también mayoritario en Irán. No obstante, los propios dirigentes azeríes no dudaron en aceptar milicias extremistas wahabitas⁽⁶⁾ en su guerra contra Armenia, e incluso llegaron a contar entre sus filas con combatientes afganos. Pero lo cierto es que las autoridades azeríes mantienen celosamente el laicismo del Estado como una de sus señas de identidad, que sirve para acercarlos aún más al modelo turco.

■ EL GRAN JUEGO HOY. IRÁN, RUSIA Y TURQUÍA

■ Irán como amenaza

Con una superficie de 1.800.000 km² y una población de más de setenta millones de habitantes, Irán tiene los requisitos básicos para aspirar a potencia regional. Si a eso se añade que es el quinto productor mundial de crudo, posee unas minorías urbanas razonablemente bien preparadas y se beneficia de un sentimiento nacional que se remonta a milenios de antigüedad, puede comprenderse que Irán sea un aspirante a convertirse en actor principal en Oriente Medio.

Sin embargo, tal aspiración choca con múltiples obstáculos, no siendo el menor de ellos la propia imprevisibilidad del régimen islámico, que tiende a situarse periódicamente en los márgenes de la comunidad internacional. También hay que tener en cuenta que la economía del país es demasiado dependiente del petróleo, y se encuentra en un lamentable estado de subdesarrollo en muchos otros aspectos. Y aunque la población urbana mantiene un nivel de cualificación aceptable no ocurre lo mismo con la gran mayoría de los habitantes del país, que viven en áreas rurales en un estado de atraso a veces sorprendente.

⁽⁶⁾ El wahabismo es una rama muy rigorista del islam sunní, originaria de Arabia Saudí, y que actualmente es doctrina oficial en el Reino Saudita. Se le asocia con frecuencia con los movimientos yihadistas porque estos se han nutrido con frecuencia de fieles wahabitas (el propio Osama Bin Laden entre ellos).

La República Islámica es también un régimen contestado por una parte de la población. Esta contestación adquiere en ocasiones manifestaciones violentas. Existen grupos insurgentes entre las minorías árabes del país en el oeste, y asimismo las tribus baluchis en el oeste. También se producen frecuentes choques armados entre las fuerzas de seguridad del país y las potentes redes de tráfico de estupefacientes asentadas en la frontera este, que dan salida al opio producido en Afganistán. Por su parte, la población urbana ha lanzado con cierta frecuencia campañas de movilización popular en protesta por los excesos del régimen en el control de toda actividad política en el país.

La última se produjo en 2009, cuando las elecciones presidenciales se decantaron nuevamente hacia el candidato oficialista Mahmud Ahmadineyad, frustrando las esperanzas de los reformistas, agrupados en torno a la candidatura de Mir-Hossein Musavi. Las protestas tuvieron como escenario principal Teherán y se prolongaron durante meses, convirtiéndose en una suerte de anticipo de la posterior “Primavera Árabe”. Sin embargo, y pese a que se produjeron docenas de muertos, el régimen soportó bien el desafío, y esa resistencia tuvo mucho que ver con que las protestas no se extendiesen fuera de las grandes áreas urbanas, debido a que gran parte de la población rural mantiene sus simpatías hacia el presidente Ahmadineyad.

Por otro lado, el régimen islámico se ha percibido normalmente como una amenaza tanto por sus vecinos como por la mayoría de los estados occidentales. Para Arabia Saudí, la existencia de un Irán potente, convertido en adalid del chiismo en la región, resucita el temor a las minorías chiíes zaidíes asentadas en las costas del golfo Pérsico y del mar Rojo. Y para Israel, el régimen de los ayatolás es sencillamente su mayor amenaza vigente. Una amenaza mortal si se llega a confirmar el estatus de Irán como potencia nuclear.

Precisamente las sospechas de que el programa nuclear desarrollado por Irán desde los años 90 no tiene fines pacíficos constituye una de las principales amenazas a la estabilidad no ya regional, sino mundial. Oficialmente, el programa nuclear iraní sólo tiene la finalidad de corregir el déficit energético del país, y en este sentido se han manifestado hasta hoy en día todos los dirigentes iraníes.

Pese a que resulta habitual leer opiniones sobre lo disparatado de que uno de los mayores productores de crudo sufra problemas energéticos, lo cierto es que los argumentos iraníes en este sentido son bastante razonables. El territorio iraní alberga grandes reservas de crudo, pero existe una enorme escasez de instalaciones de refinado. Esto lleva a la paradoja de que Irán

exporte más de dos millones de barriles de petróleo al día, pero tenga que importar el 40 por ciento de su consumo de derivados del petróleo⁽⁷⁾. A este problema se añade el hecho de que la energía eléctrica suministrada a particulares es muy barata desde la época del sah Mohamed Reza, cubriendo los precios solo la mitad de los costes⁽⁸⁾. Y esto coloca al Gobierno (la industria eléctrica está nacionalizada) en una situación de permanente déficit. Sin duda, la construcción de centrales nucleares permitiría reequilibrar la producción de energía y reducir sus enormes gastos.

Sin embargo, pese a que las razones formales de Irán son lógicas y razonables, el secretismo con el que se ha llevado a cabo el desarrollo del programa nuclear, y el rechazo de un programa de inspecciones que den fe de su finalidad pacífica han provocado los lógicos recelos en la comunidad internacional. No ha ayudado a disipar estos recelos el gran desarrollo paralelo que Irán ha realizado en el campo de los misiles balísticos, los vectores más rentables caso de que se disponga de armas nucleares. Tampoco la agresiva retórica del régimen, especialmente contra Israel, o el apoyo de Teherán a diversos grupos armados en Oriente Medio

Lo cierto es que el problema del desarrollo nuclear iraní es algo más complejo que la simple intención de un régimen perverso por hacerse con armas de destrucción masiva, como se presenta habitualmente. Irán es un estado signatario del Tratado de No Proliferación y en teoría no puede desarrollar armas nucleares, y debe permitir las inspecciones de Naciones Unidas que lo verifiquen. Pero no hay ningún obstáculo en teoría al desarrollo de un programa nuclear de uso pacífico, siempre que ese uso sea verificable.

Tras la revolución de 1979, el régimen de Teherán anunció su intención de recuperar el viejo proyecto de construcción de la central nuclear de Busher, iniciado con financiación norteamericana en tiempos del sah. Pero los colaboradores iniciales en el proyecto, Francia y EE. UU., se negaron a prestar ningún apoyo al régimen, y menos aún a proporcionar el uranio enriquecido que debía servir de combustible.

La mejora de las relaciones con Rusia permitió que Teherán pudiese reanudar el proyecto a mediados de los años 90. Y eso significaba también

⁽⁷⁾ SWARTZ, Spencer. "Big Oil Traders Cut Shipments to Tehran Amid Sanctions Talk". *Wall Street Journal*, 24 Septiembre 2009. Consultado en febrero 2012 en <http://online.wsj.com/article/SB125374209256635409.html>

⁽⁸⁾ MEIBODI, Ali Emami. *Efficiency considerations in the Electricity Supply Industry: the case of Iran*. Department of Economics, University of Surrey. July 1998. Consultado en febrero de 2012 en <http://www.surrey.ac.uk/economics/files/apaperspdf/SEED%2095.pdf>

iniciar los trabajos para garantizar la producción propia de uranio enriquecido. Estos procesos pueden conducir tanto a la producción de combustible nuclear como a la de uranio o plutonio para cargas nucleares de uso militar, por lo que se inició una fuerte presión internacional para que Irán los detuviese. La tensión aumentó en 2002, cuando se descubrió que el régimen había ocultado muchas de sus actividades de enriquecimiento de uranio.

Aunque el enriquecimiento de uranio no está prohibido por el TNP, todas las actividades relacionadas deben comunicarse a la Agencia Internacional de la Energía Atómica, para que ésta pueda proceder a las correspondientes verificaciones. Finalmente, Irán permitió estas inspecciones, aunque consideró la atención que su programa nuclear suscitaba como una intromisión intolerable en sus asuntos internos. Por comparación, sacó a relucir el contraste con el programa nuclear israelí, cuyas aplicaciones militares, aunque nunca reconocidas, son de dominio público. No obstante, hay que señalar que Israel nunca fue firmante del TNP.

Pero, pese a esta actitud de ofendido, la postura de Irán durante este periodo inicial fue bastante moderada. De hecho, en 2003 y tras unas negociaciones lideradas por la Unión Europea, las autoridades iraníes aceptaron una moratoria en su producción de uranio enriquecido que quedó temporalmente suspendida.

Sin embargo, la situación cambió radicalmente con la llegada al poder de Mahmud Ahmadineyad en 2005. Al discurso radical del nuevo presidente se sumó la reanudación del programa de enriquecimiento de uranio. Además, cada vez se hizo más evidente que el programa se había diseñado con unas medidas de dispersión y protección de instalaciones que no eran las propias de un programa de aplicación civil.

En la agresiva estrategia de Ahmadineyad pesaban probablemente varios factores. Uno de ellos era que Irán estaba rodeado por fuerzas norteamericanas al oeste, en Iraq, y al este, en Afganistán. Además, la invasión de Iraq había demostrado que, dada la superioridad tecnológica norteamericana, solo la disuasión nuclear podía evitar que Irán pudiese correr un día la misma suerte. A esto había que añadir que Ahmadineyad, como todo radical que se precie, probablemente vio las ventajas que la presión internacional podía aportar para exaltar el sentimiento nacionalista iraní y aumentar aún más su apoyo popular entre las clases más humildes.

Así pues, la mezcla de factores externos e internos llevó, con bastante seguridad, a las autoridades iraníes a embarcarse en un programa nuclear

de naturaleza militar cuyo desarrollo había sido bastante dubitativo hasta ese momento.

Desde entonces, el desarrollo del programa nuclear iraní ha sido incesante, y, pese a los intentos de negociación y ofertas alternativas, las autoridades del régimen se han empeñado en mantenerlo contra viento y marea, llegándose a una situación en la actualidad que puede calificarse de prebélica. Se supone que los técnicos iraníes están próximos a conseguir las condiciones que permitan la fabricación de armas nucleares. Esto supone una amenaza intolerable para Israel, que ha intentado sabotear el programa iraní de todas las maneras posibles. En 2010, el virus informático *Stuxnet*, probablemente diseñado en Israel, afectó a parte de los sistemas e instalaciones involucradas en el programa nuclear iraní, causando retrasos apreciables en algunos de sus desarrollos. Además, varios de los científicos que trabajaban en el programa han resultado muertos o heridos en ataques terroristas en suelo iraní, cuya autoría las autoridades de Teherán atribuyen a Israel o a Estados Unidos.

En cualquier caso, una intervención militar sobre las instalaciones nucleares iraníes plantea muchos problemas, pues se encuentran muy dispersas, y protegidas en ocasiones en construcciones subterráneas a decenas de metros bajo la superficie. Parece muy difícil neutralizarlas en una rápida incursión aérea, el procedimiento preferido de Israel, que ya utilizó en la destrucción de la central nuclear iraquí de Osirak o las presuntas instalaciones nucleares sirias en Deir ez Zor. La situación geográfica de Israel hace difícil que pudiera mantener una prolongada campaña aérea que pudiera ofrecer resultados más fiables. Además, el ataque israelí podría ser contestado con represalias sobre su territorio, bien mediante ataques con misiles balísticos desde suelo iraní, bien por acciones de la milicia Hezbolá desde el Líbano.

Una intervención norteamericana tendría más posibilidades de éxito, pero se enfrentaría también a retos importantes. Uno de ellos sería la posibilidad que Irán tiene de dificultar la navegación por el golfo Pérsico, especialmente en el estratégico estrecho de Ormuz. Aunque parece difícil que Irán tenga capacidad para cerrar esta vía de navegación, como varias veces ha amenazado, sí que pueda afectar seriamente al tránsito mediante medidas tan sencillas como el minado, o el disparo de misiles anti buque lanzados desde plataformas terrestres móviles. Otro aspecto a tener en cuenta es que no parece probable que el presidente Obama se embarque en un conflicto de consecuencias inciertas en un año electoral.

En cualquier caso, el programa nuclear ha situado a Irán en una posición difícilmente sostenible a medio plazo. Las sanciones económicas adoptadas,

bien en virtud de las resoluciones de Naciones Unidas, bien como iniciativas de EE. UU. o la Unión Europea⁽⁹⁾, asfixiarán inevitablemente la economía ya precaria del país. El único asidero para Teherán es el apoyo cada vez más tenue que recibe de Rusia y China, pero no cabe abrigar muchas esperanzas al respecto. Aunque un Irán con armas nuclear no supone una amenaza vital para Rusia, sí que le resulta al menos incómodo. Y en el caso de China, su necesidad perentoria de recursos energéticos choca con su política de no entrar en confrontación directa con los intereses occidentales. Así pues, no cabe esperar un apoyo excesivamente entusiasta de Moscú y Pekín a los intereses iraníes. La resolución más favorable para ambos sería un acuerdo negociado que pusiese fin a la crisis. Y que para ello Irán tenga que plegarse a las inspecciones internacionales, o incluso renunciar al enriquecimiento de uranio e importarlo bajo control internacional, sería una contraprestación perfectamente aceptable.

Pero no solo el programa nuclear iraní despierta alarmas internacionales. Desde los años 90 el país se había colocado también en el punto de mira de los servicios de inteligencia israelíes y norteamericanos, debido a sus relaciones con Corea del Norte para la adquisición de tecnología aplicable a misiles balísticos. Los resultados de estas relaciones fueron un incremento en la capacidad tecnológica para la fabricación de cohetes y misiles que han desembocado en múltiples proyectos y que han permitido compensar hasta cierto punto el atraso de Irán en otro tipo de tecnología militar.

El misil *Shahab 3* es el producto más conocido de la cooperación entre Teherán y Pionyang. Desplegado operativamente a partir de 2003, se han escrito muchas exageraciones sobre él, pero parece probado que puede colocar una carga de cerca de una tonelada a una distancia de 1.200 kilómetros con una precisión razonable, quizás con un círculo de error probable inferior a 200 metros. Existen informaciones, propagadas por el propio régimen, acerca de la existencia de una versión mejorada que llegaría a los 2.000 km de alcance, situando así a países como Italia en el radio de acción del misil. Pero hay una probabilidad bastante alta de que se trate simplemente de propaganda.

En cualquier caso, se trata de un arma formidable que puede alcanzar el territorio israelí, las bases norteamericanas en el golfo Pérsico y Afganistán,

⁽⁹⁾ El Consejo de Seguridad de NN. UU. ha emitido cuatro resoluciones que contienen sanciones contra Irán motivadas por su negativa a la verificación internacional de su programa nuclear: la 1737 (2006), 1747 (2007), 1803 (2008) y 1929 (2010). En su conjunto prohíben el comercio con Irán en todo tipo de materiales relacionados con la industria nuclear y establecen un embargo de armas y tecnología militar. Pero lo que más daño ha hecho a la economía iraní es el embargo norteamericano, que ha afectado especialmente a su capacidad financiera, y el que la Unión Europea comenzará en julio de 2012 con una interrupción de las compras de crudo a Irán.

e incluso algunas porciones del territorio europeo. Aun cargado simplemente con una cabeza convencional tiene alcance y precisión suficientes como para causar graves daños a objetivos de cierto tamaño, como una base militar. Sin embargo, lo que más preocupa es la posibilidad de que los *Shahab 3* se armen con cabezas nucleares, eventualidad que, sin embargo, no parece muy probable a corto plazo. Incluso si Irán ha desarrollado ya algún tipo de arma nuclear primitiva, aún necesitaría tiempo y tecnología adicional para miniaturizarla e instalarla en la ojiva de un *Shahab 3*.

La experiencia iraní en el proyecto *Shahab 3* se ha utilizado en otros productos militares autóctonos. Algunos, como los cohetes de largo alcance *Fajr 3*, han sido utilizados ya por el grupo libanés Hezbolá contra territorio israelí. Otros, como los misiles tierra-tierra *Fateh 110* o los antibuque *Qader*, se presentan como armas de alta tecnología y prestaciones, aunque caben fundadas sospechas de que la realidad será más modesta.

Un motivo adicional de alarma en Oriente Medio es la agresiva estrategia mostrada por Irán en el apoyo a determinados grupos armados en la región. El más conocido de estos apoyos es el proporcionado al grupo libanés Hezbolá, en gran medida a través de Siria. Aunque configurado como un movimiento de resistencia nacional contra la ocupación israelí en los años 80, Hezboláh representa esencialmente a la minoría chií del país.

Algo similar, aunque menos conocido, es el apoyo prestado por Irán a las milicias chiíes que han operado en Iraq después de la invasión norteamericana del país. Ya en la época de Saddam Hussein, Irán había apoyado a los grupos chiíes opuestas al régimen, a través especialmente del grupo Dawa, que desarrolló un brazo armado que actuaba con frecuencia en territorio iraquí. Pero en el caos que siguió a la intervención de EE. UU., el régimen de Teherán fue inclinándose su apoyo hacia grupos más radicales, como el Ejército del Mahdi, liderado por el clérigo Al Sadr. Estados Unidos acusó en repetidas ocasiones a Irán de apoyar a estas milicias, e incluso de proporcionar a la insurgencia iraquí armas y equipos, incluyendo un modelo muy sofisticado de artefacto explosivo improvisado, el EFP⁽¹⁰⁾, que a partir de 2006 fue responsable de una respetable proporción de las bajas norteamericanas en el conflicto.

Es sabido que, para prestar apoyo a grupos armados en el extranjero, Irán ha creado una rama especializada de la Guardia Revolucionaria: las fuerzas Qods. Se supone que estas fuerzas prestan apoyo a Hezbolá,

⁽¹⁰⁾ *Explosively Formed Penetrator*. Se trata de un artefacto activado por una combinación de radio e infrarrojos, capaz de superar los inhibidores de frecuencia y que puede penetrar casi cualquier blindaje debido a su diseño de carga hueca recubierta de cobre, que se convierte en un dardo de metal fundido cuando se activa.

a los kurdos iraquíes, a las milicias de Al Sadr en Iraq y quizás a algunas minorías chiíes en Yemen y Baréin. En Iraq las fuerzas norteamericanas capturaron a algunos ciudadanos iraníes a los que acusaron de pertenecer a las fuerzas Qods, algo todavía difícil de determinar. Todos ellos fueron devueltos a Irán.

Pese a que Irán orienta su apoyo militar exterior a las minorías chiíes, no parece que tenga especial reparo en apoyar a otros grupos, siempre y cuando estos operen contra algunos de los enemigos declarados del régimen iraní. Es el caso del apoyo prestado a las milicias kurdas iraquíes contra Saddam Hussein o el proporcionado a Hamás, un grupo suní muy relacionado con los Hermanos Musulmanes egipcios que en principio se situaría en posturas enfrentadas al islam chií. El hecho de que Hamás combata activamente contra Israel parece borrar cualquier otra diferencia. En varias ocasiones la marina militar israelí ha interceptado buques procedentes de puertos sirios y chipriotas con cargamentos de armas de fabricación iraní para la Franja de Gaza.

■ **Rusia e Irán. Recelo y Realpolitik**

164

Como se ha podido comprobar en el capítulo anterior, las relaciones entre Rusia e Irán no se han caracterizado precisamente por su cordialidad a lo largo de la historia, y menos en lo que se refiere a la influencia sobre el Cáucaso. Fue Rusia, y no Turquía, quien expulsó a los persas de las zonas al sur del Cáucaso, y fue su sucesor geopolítico, la Unión Soviética, quién estuvo a punto de hacer zozobrar la ya de por sí frágil nave del Estado persa en varias ocasiones a lo largo del siglo xx.

Y, sin embargo, la Federación Rusa es uno de los mejores aliados que le quedan hoy en día al Gobierno de Teherán. Y sus intereses en el Cáucaso Sur parecen perfectamente complementarios. Cabe preguntarse cómo se ha llegado a esta inversión de términos, y para ello hay que remontarse a unas décadas atrás: al periodo en el que Irán luchaba por consolidar su revolución y la URSS se hundía en un caos progresivo.

Cuando la revolución iraní triunfó en 1979, la actitud soviética fue de recelo, e incluso de alarma. Ya se ha comentado cómo la invasión de Afganistán tuvo entre sus causas la preocupación de los dirigentes de Moscú ante una posible extensión de los movimientos islamistas revolucionarios hacia Asia Central. Además, y pese a que las autoridades islámicas pronto demostraron una clara animadversión hacia Estados Unidos y el mundo occidental en general, el gobierno soviético no hizo nada para aprovechar esa oportunidad geopolítica. Muy al contrario, se dedicó a proporcionar

todo el equipo militar posible a Saddam Hussein tan pronto como éste se lanzó a la aventura de invadir el territorio iraní.

Las cosas cambiaron paulatinamente. En 1988 la guerra entre Irán e Iraq terminó prácticamente en tablas. El ayatolá Jomeini murió al año siguiente y eso motivó un cambio muy acentuado en la política exterior iraní durante los años 90. Del radicalismo religioso y el apoyo a cualquier movimiento armado de corte islamista se pasó a una cierta moderación en el discurso y a la aplicación de una política realista basada en intereses nacionales. Tuvo mucho que ver en esto la ascensión al poder de una generación de dirigentes más moderados que Jomeini, y también el final de la guerra con Iraq⁽¹⁾.

La imagen internacional de Irán mejoró también por el hecho de que el papel de gran villano internacional fue rápidamente asumido por su enemigo iraquí, Saddam Hussein con la invasión de Kuwait en 1990, que terminó provocando la intervención internacional que culminaría en la Guerra del Golfo de 1991.

Además, cuando estalló la guerra entre Armenia y Azerbaiyán a propósito del territorio de Nagorno Karabaj, estando ambas repúblicas todavía integradas en la URSS, Teherán mostró una actitud más favorable a los intereses armenios, línea que coincidía con la que Moscú ha mantenido antes y después de la caída de la Unión Soviética.

En el aislado Irán de la época, la Rusia en permanente riesgo de colapso que lideraba Boris Yeltsin encontró un prometedor mercado potencial. Y lo que Rusia podía ofrecer en grandes cantidades era el legado de la Unión Soviética: armas y tecnología nuclear. Esto inició una nueva era de cooperación, aunque en ella no faltaron tampoco las desavenencias. Rusia no quería ofender a los estados occidentales, ni contribuir a que Teherán se convirtiese en una potencia demasiado poderosa, y por tanto no suministró a Teherán lo más avanzado de su inventario militar. Fue el caso del sistema antiaéreo S-300, que el régimen iraní ha solicitado repetidamente por considerarlo esencial para defenderse de un posible ataque israelí o norteamericano. Fue también el caso de los sistemas de misiles balísticos lo que llevó a Teherán a dirigirse a Corea del Norte en busca de tecnología. Por su parte, Irán siempre ha protestado por la excesiva lentitud rusa en los trabajos de construcción de la central nuclear de Busher.

Pero, en general, la relación se ha desarrollado en buenos términos, pese a que en realidad Moscú y Teherán son, como siempre han sido, rivales

⁽¹⁾ GRESH, Geoffrey. "Coddling the Caucasus: Iran's Strategic Relationship with Azerbaijan and Armenia". *Caucasian Review of International Affairs*, vol I. Invierno 2006. Consultado en febrero 2012 en http://www.cria-online.org/1_1.html

en esencia, aunque se hayan convertido en aliados de conveniencia. Las relaciones entre ambos se basan en la consideración de Estados Unidos como gran rival geopolítico. Y también en el beneficio comercial mutuo.

La moderada actitud iraní en los sucesivos conflictos caucásicos que Rusia debió afrontar fue en este sentido beneficiosa. Irán fue también admitido en 2006 como observador en la Organización de Cooperación de Shanghái, lo que supuso para el régimen de Teherán una inusual puerta abierta al mundo exterior. Las relaciones comerciales entre ambos países no han hecho sino aumentar desde hace diez años, y en 2010 alcanzaban los casi cuatro mil millones de dólares, y los gigantes energéticos rusos, Gazprom y Lukoil, han penetrado en Irán para participar en los proyectos iraníes de desarrollo energético.

Sin embargo, el empeño iraní en llevar adelante su programa nuclear, aunque ello pueda provocar una grave crisis internacional, no cuenta con el beneplácito ruso. De hecho, Moscú se sumó en 2010 a las sanciones internacionales contra el régimen iraní establecidas en la Resolución 1929 del Consejo de Seguridad, y eso que la prohibición de venta de armas supuso para Moscú un coste económico considerable en ventas militares canceladas.

La aceptación de las sanciones significa también que Rusia no puede suministrar materiales clave para las centrales nucleares iraníes. No obstante, parece que el régimen de Teherán ha alcanzado ya el grado de autonomía tecnológica necesario para continuar con el programa, tanto si este es exclusivamente civil o también militar.

En cualquier caso, Rusia sigue apoyando a Irán, aunque sea indirectamente. El veto de rusos y chinos a la resolución sobre Siria presentada en febrero de 2012 ante el Consejo de Seguridad supone una botella de oxígeno para el régimen de Damasco, aliado esencial de Teherán. Probablemente, Moscú está ya cansado de que la presión occidental le vaya dejando paulatinamente sin aliados en la región, con las implicaciones que eso tiene en relación con su área de influencia y los posible beneficios comerciales.

Por eso, y aunque Rusia no se va a enfrentar directamente a Occidente por Irán, sí que hará lo posible por evitar que la crisis derive en una mayor influencia occidental en la región. La situación más favorable para Rusia es la existente antes de 2006, un Irán suficientemente aislado como para no convertirse en amenaza y necesitar ayuda externa, pero lo suficientemente próspero como para poder pagarla a buen precio.

■ **Turquía: el poder que despierta**

Turquía es la tercera de las potencias que participa en el moderno Gran Juego en torno al Cáucaso, y es la que está ganando posiciones a mayor

velocidad, pese a que sus actuaciones estén casi siempre presididas por una actitud cooperativa. Durante muchas décadas, el Gobierno de Ankara fue el único ejemplo de una transición exitosa, al menos parcialmente, de una sociedad musulmana a un estado de corte occidental. Pero con todo lo que supuso de éxito, el ejemplo no cundió excesivamente por varias razones. Primero, porque Turquía no es un país árabe; segundo, porque su democracia es bastante peculiar, y ha sido frecuentemente puesta en cuarentena por las fuerzas armadas, y, tercero, porque pese a éxitos moderados, Turquía nunca ha sido capaz de alcanzar unos niveles de prosperidad excesivamente atractivos.

Sin embargo, la llegada al poder del Partido Justicia y Desarrollo de Tayyip Erdogan ha dado un nuevo significado a Turquía en el mundo musulmán. La combinación de islamismo moderado y modos democráticos, junto a la habilidad para socavar progresivamente el poder de las fuerzas armadas turcas ha creado un nuevo modelo político en el que el islam parece capaz de integrarse con normalidad en un estado moderno. Por otro lado, Justicia y Desarrollo promueve un retorno a las líneas geopolíticas del Imperio otomano, manteniendo a la vez los logros modernizadores del siglo xx. Toda esta combinación de tradición y modernidad, junto con la renovada energía con la que los dirigentes turcos extienden su influencia sobre todo lo que un día fue dirigido desde la Sublime Puerta, han convertido a Turquía en un ejemplo a seguir para muchos movimientos políticos del mundo musulmán. Entre ellos, muchos de los que han protagonizado la Primavera Árabe.

La relación tradicional entre Turquía e Irán es de sospecha, aunque la confrontación directa no ha sido habitual desde hace siglos. Ya se ha señalado como fue Rusia y no el Imperio otomano quién acabó con la presencia persa en el Cáucaso en el siglo xix.

Actualmente, Irán considera a Turquía su principal competidor geopolítico en el Cáucaso, aunque esa competencia se ejerce en un segundo plano. Irán contempla en la sombra la pugna principal, entre Turquía y Rusia, por controlar las rutas de exportación de los productos energéticos de la región. Y sus objetivos son sencillamente que, sea cual sea el resultado de esa pugna, Irán no quede aislado de los beneficios.

Uno de los contenciosos siempre abiertos entre Teherán y Ankara tiene que ver con el pueblo azerí. El aumento de la influencia turca en Azerbaiyán es visto con sospecha tanto por Irán como por Moscú, y es una de las razones para que ambos estados actúen con cierta coordinación en sus políticas caucásicas. La influencia turca podría llegar incluso más allá del Caspio, hasta Turkmenistán y Asia Central, el lugar desde el cual los pueblos turcos se pusieron en marcha hace más de mil años. El caso es que

azeríes y turkmenos tienen también una herencia cultural persa. Pero con un Irán convertido en paria de la comunidad internacional, y una Turquía cada vez más relevante, el proceso de olvido de lo persa y recuperación de lo turco parece difícil de revertir.

No obstante, la sospecha hacia la actitud de Turquía no impide una relación fluida. A esto contribuye también el giro de la actitud turca hacia Israel. De mantener unas estrechas relaciones políticas y militares, Ankara y Tel Aviv han pasado a un clima que en ocasiones podía calificarse de prebélico. Las críticas del primer ministro Erdogan a la operación israelí “Cast Lead” en Gaza, en 2009, y el incidente del buque *Mavi Marmara*⁽¹²⁾ han llevado a situaciones enormemente tensas entre ambos gobiernos. Y esto ha sido visto con buenos ojos por Irán.

A todo ello hay que añadir que Turquía votó en 2010 en contra de la Resolución 1929 del Consejo de Seguridad, que imponía duras sanciones a Irán por su programa nuclear. Parte de las razones para esta negativa se explican por los provechosos intercambios comerciales entre Irán y Turquía, especialmente en productos energéticos, que la resolución limitaba⁽¹³⁾. Todas estas circunstancias hacen que la confrontación geopolítica turco-iraní sea mucho más de guante blanco de lo que resulta habitual en la zona.

Pero, pese a ello, Irán ha explotado indirectamente el recurrente conflicto entre Turquía y Armenia, cuyos orígenes se remontan a las masivas matanzas de armenios durante la Primera Guerra Mundial. Aún hoy ambos países mantienen sus fronteras cerradas y no han establecido relaciones diplomáticas. Frente a una Turquía sospechosa de genocidio y empeñada en numerosos incidentes diplomáticos para intentar negar su culpa, Irán aparece como un estado islámico pero tolerante, en el que las minorías armenias viven en paz y prosperidad. El equilibrio de poderes en el Cáucaso entre Irán y Turquía queda así estabilizado de manera peculiar, con cada uno de ellos ejerciendo su mayor influencia sobre el estado caucásico más alejado de sus fronteras.

Otro asunto que une y separa a turcos e iraníes es el problema kurdo. Ambos estados mantienen importantes minorías kurdas en su territorio, especialmente Turquía. Los kurdos suponen el tercer grupo étnico de

⁽¹²⁾ El *Mavi Marmara* es un buque perteneciente a la ONG turca Fundación de Ayuda Humanitaria que formaba parte de una flotilla de ayuda humanitaria a Gaza. La flotilla pretendía romper el bloqueo israelí a Gaza, y el 31 de mayo de 2010 el buque fue abordado por un grupo de asalto israelí en aguas internacionales. En los enfrentamientos a bordo murieron nueve pasajeros y se produjeron más de sesenta heridos entre pasajeros y soldados israelíes.

⁽¹³⁾ GUNEEV, Sergei. “The South Caucasus and the Russia-Turkey-Iran geopolitical triangle”. *RIA Novosti*. 6 septiembre 2010. Consultado en febrero de 2012. <http://en.rian.ru/analysis/20100906/160488263.html>

Irán en número de habitantes (más de cuatro millones). La minoría kurda iraní tiene la particularidad de dividirse en dos comunidades según la fe que profesan. Los kurdos chiíes se han integrado normalmente sin graves problemas con el resto de las etnias del país. Pero los kurdos suníes, que son mayoría en las regiones fronterizas con Iraq y Turquía, han sufrido un mayor grado de represión.

El grado en el que se ha ejercido esta represión ha sido variable. Máximo en la época de la revolución, en la que un levantamiento kurdo fue aplastado a sangre y fuego por Jomeini. Mínimo en la época de Jatamí, que permitió a personalidades kurdas ocupar puestos oficiales de relevancia. Las denuncias por acciones contra la minoría kurda han aumentado tras la llegada al poder del presidente Ahmadineyad.

La consolidación en Iraq de una entidad autónoma kurda tras la invasión norteamericana de 2003, ha supuesto un quebradero de cabeza tanto para las autoridades turcas como iraníes. El Partido Kurdo de los Trabajadores (PKK), un grupo armado que ha actuado en las últimas décadas en Turquía, ha reanudado sus acciones violentas, mientras que su rama iraní, el Partido del Kurdistan Libre (PFLK) se mantiene activo, aunque con menor intensidad.

La actividad de las guerrillas kurdas ha llevado a Turquía a lanzar ofensivas militares de gran entidad en la montañosa frontera iraquí, que en ocasiones han penetrado profundamente en el país vecino. Irán mantiene también operaciones militares de menor intensidad en sus fronteras con Iraq y Turquía. El problema del independentismo kurdo y la violencia asociada ha creado un vínculo de unión entre Ankara y Teherán. Uno de los mayores temores de Irán es que tanto Estados Unidos como Israel aprovechen los movimientos secesionistas kurdos para socavar la república islámica. Los intereses de ambos países pasan así por neutralizar a las guerrillas kurdas, y especialmente porque éstas no utilicen el territorio iraquí como refugio y base para sus actuaciones. De hecho, en septiembre de 2011, y a raíz de un ataque del PKK que acabó con la vida de veintitrés militares turcos, Irán y Turquía emitieron un comunicado oficial en el que se comprometían a coordinar esfuerzos para acabar con la amenaza de las guerrillas y grupos terroristas kurdos.

■ EL CASPIO Y TURKMENISTÁN. LA PUERTA DE ASIA CENTRAL

■ El reparto del mar Caspio

El mar Caspio se ha convertido en un espacio esencial para la economía y la geopolítica en la zona del Gran Cáucaso. Bajo sus aguas yacen enormes

reservas de productos energéticos, y el propio mar parece una de las mejores vías de comunicación para encaminar los también importantes recursos de Asia Central hacia el Mediterráneo y Europa.

Irán ha estado siempre muy relacionado con los pueblos que habitaron en las orillas del Caspio. Y, de hecho, durante muchos siglos, este mar interior fue un espacio en el que se mantuvo la hegemonía iraní. Pero el debilitamiento del poder persa se manifestó también en su influencia sobre el Caspio. Como consecuencia de la derrota ante Rusia en los conflictos de la primera mitad del siglo XIX, y de los tratados subsiguientes, Persia vio como se vetaba a sus buques de guerra el acceso a las aguas del mar Caspio.

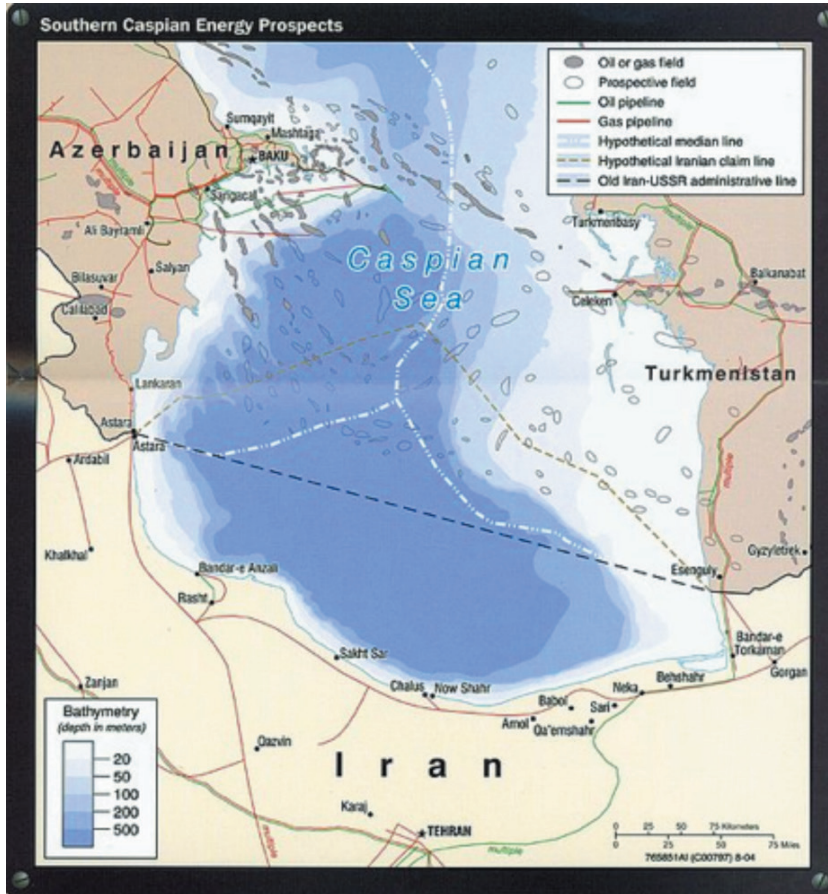
La situación cambió con la Revolución Soviética. Los antiguos tratados quedaron anulados, y ambos países formalizaron su voluntad de mantener una relación de buena vecindad en el tratado bilateral de 1921, que se complementó con otro acuerdo en 1940. Ya hemos visto cómo esa buena vecindad fue finalmente muy dudosa, y siempre con perjuicio para Irán. Pero lo cierto es se mantuvo al menos el uso compartido de las aguas del mar Caspio.

La desaparición de la Unión Soviética abrió un escenario completamente nuevo. Los dos estados ribereños se convirtieron de repente en cinco (la Federación Rusa, Irán, Azerbaiyán, Turkmenistán y Kazajstán). E inevitablemente surgieron los conflictos sobre delimitación de zonas de soberanía en un mar que se sabía ya rebosante de recursos energéticos.

Inicialmente la postura iraní era clara. El reparto de la soberanía del Caspio estaba solucionado entre Irán y la URSS. La descomposición de esta última traía como consecuencia que los estados resultantes debían repartirse el área de soberanía soviética, mientras Irán mantendría su propia área intacta. En este sentido Teherán solo reconocía la validez de los tratados firmados en 1921 y 1940 con la Unión Soviética como base legal para el reparto de los recursos del mar Caspio.

En el momento de la firma de ambos tratados los temas a tener en cuenta eran el reparto de los recursos pesqueros y las posibles ventajas geopolíticas del reparto. La base sobre la que este se establecía era la consideración del Caspio como un lago, y no como un mar. Con esta visión, el uso de sus aguas y recursos correspondía solo a los estados costeros, y no existían “aguas internacionales” que pudieran ser utilizadas por otros países, ni derecho de acceso a ellas a través de las redes fluviales que confluyen en el Caspio.

Mapa 4-1. Las distintas posibilidades de soberanía iraní en el Caspio. En negro, la línea Astara-Hosseinqoli; en blanco, el reparto según líneas medias; en gris, según el principio de porciones iguales



Pero los tratados entre la URSS e Irán tocaban muy ligeramente el tema de la soberanía sobre el Caspio. De hecho, se hacía mención a la explotación común de los recursos, aunque en 1940 se creaban zonas de explotación pesquera de uso nacional exclusivo que se prolongaban hasta 10 millas aguas adentro desde el litoral. El caso es que la posición de hegemonía *de facto* que ejercía la URSS llevó a una interpretación bastante libre de los tratados, que Irán no osó poner en duda. Por ejemplo, la delimitación de espacios aéreos en los años 60 llevó al establecimiento de la línea Astara- Hosseinqoli⁽¹⁴⁾ (ver mapa 4-1), que delimitaba dos

(14) MOUSAVI, Seyyed Rasoul. "The future of the Caspian Sea after Tehran Summit". *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. XXI, n.º 1-2, 27-42, Winter-Spring 2008-09.

espacios de soberanía en el Caspio, que eran de hecho una prolongación de las fronteras terrestres muy favorable a la URSS. Además, las autoridades soviéticas dividieron su área entre las repúblicas litorales, para evitar disputas en la explotación de los recursos energéticos del lecho marino, que en esa época comenzó a realizarse masivamente.

Cuando el sah Reza Pahlevi fue derrocado en 1979, el nuevo régimen islámico no puso objeciones al *statu quo*. Pero la situación cambió con la caída de la URSS. Fue entonces cuando Irán renegó abiertamente de la línea Astará-Hosseinqoli como límite entre la soberanía iraní y la soviética, y apeló al espíritu de los tratados de 1921 y 1940, que consideraban al Caspio como un espacio de soberanía común entre los estados litorales.

Inicialmente esta postura fue apoyada por Moscú y resulta fácil comprender el porqué. La ruptura de la URSS significaba que la nueva Federación Rusa se quedaba con apenas el quince por ciento del litoral. Y en el caso de Irán mantenía el litoral anterior que era poco más del catorce por ciento. Así pues ambas eran partidarias de continuar considerando el Caspio como un espacio de soberanía común que antes se repartía entre dos y ahora se debería repartir entre cinco en términos de igualdad, lo que significaba que cada estado ribereño ejercería su soberanía sobre el veinte por ciento de la superficie.

Por el contrario, los nuevos estados, que disponían de mayores porciones del litoral, no se mostraban nada conformes con la división en cinco porciones iguales, y defendían un reparto basado en los términos marítimos de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Cada estado mantendría sus aguas territoriales, y una zona de utilización económica que, ante la limitada extensión del Caspio, se definiría mediante la línea media entre litorales. Un reparto en el que Rusia e Irán saldrían netamente perjudicados, especialmente este último que perdería la mayor parte del acceso a las áreas ricas en reservas de petróleo y gas más próximas a Azerbaiyán y Turkmenistán.

El caso es que Rusia ha ido flexibilizando su postura con el tiempo, aceptando la división de soberanía para explotación de fondos marinos de acuerdo con la línea media entre litorales. Y ha formalizado tratados bilaterales con Kazajistán y Azerbaiyán que así lo consolidan. Rusia defiende también la utilización común para el tránsito de las aguas superficiales y de los fondos marinos, fuera de las aguas jurisdiccionales de cada estado. La nueva postura permite a Rusia relajar tensiones en el Cáucaso, a la vez que la consolida como un actor indispensable en la región.

Pero Irán no ha flexibilizado su postura un ápice y el resultado ha sido que se mantiene la indefinición sobre las áreas de soberanía en el sur del Caspio.

No obstante, en 2007, todos los países ribereños firmaron la declaración de Teherán, que el régimen explotó como un gran logro iraní. Lo cierto es que la declaración no incluía ninguna definición de límites, y se limitaba a expresar la voluntad de todos los firmantes de solucionar sus diferencias de una manera pacífica y negociada.

Sin embargo, también incluía algunos artículos que reiteraban que la soberanía del Caspio pertenecía a los estados ribereños, y que solo ellos tenían la autoridad para negociar la utilización de sus aguas y recursos. En cierta manera este punto reafirmaba las tesis iraníes, al menos en cuanto a evitar la declaración del Caspio como un mar internacional.

Pese a que su carácter cerrado, el mar Caspio puede resultar accesible desde aguas internacionales a través del canal Volga-Don que desemboca en el mar Negro, o desde el Báltico por el canal Marinsk y después por el río Volga. Y esta es una posibilidad que puede resultar prometedora para estados como Azerbaiyán, Turkmenistán o Kazajstán, que no disponen de salidas a otros mares que no sean el Caspio. Sin embargo, resulta poco interesante para Rusia, y aún menos para Irán, a quienes interesa controlar la exportación de productos energéticos desde el Caspio.

En resumen, la postura iraní, junto con la indefinición de Turkmenistán, mantienen la indefinición sobre las áreas de soberanía nacional en el sur del Caspio, lo que, por un lado, impide la explotación de algunos yacimientos de hidrocarburos y, por otro, es motivo de tensiones, que en ocasiones han llegado a enfrentamientos entre guardacostas.

■ Turkmenistán y la vía del Índico

Precisamente la relación entre Turkmenistán e Irán es una de las más interesantes de la región. Se trata de dos estados internacionalmente aislados, Irán por la agresividad de su régimen y Turkmenistán por la pervivencia de una dictadura ferozmente aislacionista. Al aislamiento político se superpone en el caso de Turkmenistán el geográfico. El país turkmeno solo linda con las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, con quienes mantiene no muy buenas relaciones, con el aún más intratable Afganistán, y con Irán.

Sin embargo, el territorio turkmeno alberga importantes reservas de gas y petróleo. Y hasta hace pocos años era bastante difícil exportar la producción sin pasar por un intermediario abusivo, como era la compañía rusa Gazprom. El aislamiento turkmeno permitía a Moscú imponer unos precios extremadamente bajos al gas importado de Turkmenistán, que después era exportado a coste mucho más elevado hacia Europa.

Lógicamente, el régimen de Asjabad intentó buscar otras vías de exportación. Y una de ellas era Irán. Aunque poseedor también de grandes reservas de gas natural, el Estado iraní necesita todavía importar gas para consumo interno. En consecuencia, Irán ha financiado en las últimas décadas la construcción de dos gasoductos que permitiesen la importación de gas turkmeno, y su conexión a la red de suministro energético principal del país.

Lo que para Turkmenistán es un buen negocio, y contribuye además a romper el irritante monopolio ruso, para Irán era una jugada de prometedoras posibilidades económicas y políticas. Gran parte de lo que ocurre en la región del Cáucaso y el Caspio se explica por la necesidad de dar salida hacia los grandes mercados de consumo energético de unas enormes reservas de hidrocarburos situadas en áreas con frecuencia remotas y aisladas. Como explica Gonzalo Escribano en el capítulo 6 de este Cuaderno, Europa y EE. UU. apuestan principalmente por el denominado corredor del Cáucaso Sur. Rusia, por su parte, intenta desviar todo lo que pueda hacia su propia red de distribución; China ha penetrado en Asia Central mediante gasoductos que enlazan con su frontera oeste. Y queda una vía de salida apenas explotada, que es la del Índico.

El problema es que para salir al Índico hay que atravesar Irán o Afganistán. La situación e infraestructura en este último país no parece muy apropiada para ningún proyecto energético. Pese a ello, existe un ambicioso plan para construir un gasoducto que, desde Turkmenistán, atraviese el territorio afgano para penetrar en Pakistán, y alcanzar finalmente el gran mercado indio⁽¹⁵⁾. Esta opción es apoyada por Estados Unidos, pero se enfrenta a inmensos problemas prácticos para atravesar un país en guerra.

La otra opción es Irán. Dispone de una infraestructura primitiva pero en desarrollo, y sobre todo cuenta con puertos en el Índico. Pero los condicionantes políticos suponen de nuevo un obstáculo inmenso. El aislamiento económico del país, consecuencia de las sanciones, y la oposición norteamericana a cualquier proyecto que atraviese territorio iraní hacen *a priori* difícil pensar en una “salida persa” para el gas del Caspio y Asia Central.

Pero la necesidad puede a veces más que los condicionantes políticos. Y hay ya un proyecto de gasoducto Irán-Pakistán, que podría prolongarse hasta la India, aprobado en 2010. Y teniendo en cuenta que el gasoducto Dauletabad-Sarakhs-Khangiran entre Turkmenistán e Irán conecta el gas turkmeno a la red troncal de distribución iraní, la posibilidad de una conexión entre las reservas de Asia Central e India está sobre la mesa.

⁽¹⁵⁾ Este proyecto se denomina habitualmente TAPI (Turkmenistán- Afganistán- Pakistán – India)

Obviamente EE. UU. se ha opuesto con fuerza al proyecto, pero sus difíciles relaciones con Pakistán en los últimos años han hecho que sus presiones no obtengan el efecto deseado. No obstante, mientras Irán parece que ha concluido ya el trazado en su territorio, Pakistán está todavía en la fase inicial para construir su parte, para lo que cuenta con apoyo financiero chino.

No está todavía claro que India termine por incorporarse al proyecto. Pero parece probable que, si el tramo de Irán-Pakistán se completa, intente aprovechar la coyuntura para suplir su déficit de productos energéticos. No obstante, el proyecto tendrá que enfrentarse a la amenaza de la insurgencia armada actualmente activa en Beluchistán, provincia pakistani por la que debe discurrir el gasoducto. En el pasado, los insurgentes baluchis han amenazado con atacar cualquier obra relacionada con el proyecto, y algunos de sus ataques parecen sincronizados con los hitos principales en el desarrollo de mismo, lo que puede llevar a pensar que detrás de la insurgencia hay intereses que están más allá del simple secesionismo.

Mapa 4-2. El probable trazado del gasoducto Irán-Pakistán-India, caso de que este último país decida sumarse al proyecto



En cualquier caso, de finalizarse con éxito, el gaseoducto podría abrir la puerta del Índico para el gas iraní y por añadidura para el de Asia Central, suponiendo una competencia importante para los proyectos europeos, norteamericanos y rusos. Y además abriría una vía para superar el actual aislamiento político de Irán.

■ CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Irán es un actor muy a tener en cuenta en la región del Cáucaso y el Caspio. Pero su papel ha quedado oscurecido en las últimas décadas por el aislamiento del régimen islámico, y también por la preponderancia de otros actores, especialmente Rusia y Turquía.

Irán perdió la competencia geopolítica por el Cáucaso en el siglo XIX, y aunque existe un evidente deseo de recuperar la influencia perdida, el proceso se desarrolla con lentitud y prudencia. Paradójicamente, la agresividad que Irán muestra en sus relaciones con Occidente y con algunos estados de Oriente Medio no se trasladan en absoluto al área caucásica y al Mar Caspio, donde el régimen de los ayatolás mantiene posiciones muy moderadas y dialogantes. Solo la relación con Azerbaiyán, que es a la vez el estado más próximo y el más beligerante con Irán, alcanza a veces inquietantes grados de tensión.

En cualquier caso, el papel de Irán en la zona depende enteramente del propio futuro del régimen iraní, implicado en muchos más problemas de los que puede gestionar, tanto en el interior del país como en sus relaciones exteriores. Las peligrosas consecuencias del programa nuclear, el enfrentamiento regional con las monarquías del Golfo, los excesos del modelo de gobierno islámico y la extrema hostilidad hacia EE. UU. e Israel han puesto al régimen en una situación que amenaza su propia supervivencia. Los mismos dirigentes iraníes, bastante menos fanatizados y obtusos de lo que podría deducirse de su imagen pública internacional, son perfectamente conscientes de que se ha llegado a una situación límite. Y en los últimos meses parece que algo está cambiando.

En 2010 Ahmadineyad tuvo que renunciar a la política de subsidios a las clases más desfavorecidas, que era una de las claves de su éxito electoral. En ese mismo año Irán sufrió la imposición de severas sanciones económicas por la opacidad de su programa nuclear y a eso se unieron las consecuencias de la ola de protestas reformistas por las elecciones del año anterior. Todo ello provocó un enorme desgaste en la figura del presidente iraní, convirtiéndolo en alguien cada vez más incómodo. A eso se sumaron las acusaciones de mala gestión desde el Parlamento, que han llegado a atribuir al presidente la malversación de fondos públicos.

Esto ha tenido su reflejo en las elecciones parlamentarias de 2012, donde los antiguos partidarios de Ahmadineyad se han presentado muy divididos, algunos con posturas opuestas a las de su antiguo líder. El resultado ha sido una derrota de los partidos que todavía apoyan a Ahmadineyad a favor de un bloque conservador controlado en gran medida por el ayatolá Jamenei. Y parece que esta dinámica puede repetirse en las elecciones presidenciales de 2013.

Este giro en la política del país puede resultar, como la política iraní en su conjunto, bastante engañoso. La alianza de conservadores que apoya a Alí Jamenei aparece como partidaria de una línea más dura, tanto exterior como interior, que la del presidente, a quien llegan a acusar de liberal. Pero el conservadurismo en la cúpula iraní no está reñido con el pragmatismo, y paradójicamente puede que la previsible sustitución de Ahmadineyad abra el camino hacia un retorno ordenado de los reformistas a la política nacional y a una actitud más dialogante en todo lo relacionado con el programa nuclear.

Y es que la posibilidad de un ataque de Israel o EE. UU. contra Irán ha llegado a un punto extremadamente peligroso. Tanto que ha alarmado sobremanera al propio régimen, que además se ve ante un nuevo revés económico si en julio de 2012 se materializan las sanciones de la Unión Europea a las exportaciones de petróleo iraní. Puede que todo ello haya llevado al ayatolá Jamenei y a otros sectores de la cúpula religiosa a dar un golpe de timón a la política del país.

La derrota electoral de Ahmadineyad ha coincidido con el consentimiento iraní para reanudar conversaciones sobre su programa nuclear con la Unión Europea, con la publicación de informes de inteligencia norteamericanos que dudan de que Irán persiga realmente construir armas nucleares, y también con un discurso duro en las formas, pero apaciguador en el fondo, del presidente Obama. La dinámica de desescalada se ha confirmado en la reunión del presidente norteamericano con el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu en marzo de 2012. Pendiente de las elecciones presidenciales, Obama trata de contener a un Israel cada vez más alarmado, y ha dado seguridades de que EE. UU. no permitiría un Irán nuclear, pero reiterando a la vez la idea de que todavía existe espacio para la negociación.

El problema estratégico de un posible ataque a Irán se relaciona con la diferente percepción de la amenaza que tienen Israel y EE. UU. Para el primero se trata de un tema esencial para su seguridad nacional, e incluso para su propia supervivencia como estado, y el problema es que Irán está llegando a un punto de desarrollo de su programa nuclear que lo haría

capaz de sobrevivir a un ataque israelí. Por lo tanto, la decisión sobre el ataque debe tomarse en un breve plazo.

Para EE. UU., sin embargo, la cuestión no es tan urgente, y se entremezcla con una compleja red de intereses en la zona, en los que Irán tiene un papel esencial. Además, para la potencia militar norteamericana el programa nuclear iraní no ha alcanzado todavía un desarrollo suficiente para hacerlo invulnerable. Y por tanto resulta lógico que se intente mantener la vía de la negociación y la presión diplomática.

La cuestión está en si finalmente Israel se fiará de las seguridades dadas por su aliado norteamericano, o se lanzará a un ataque preventivo antes de que la amenaza se materialice aún más. En todo caso la duda se resolverá pronto. A Israel le queda poco tiempo para lanzar una acción decisiva utilizando exclusivamente sus recursos militares. Y si se decide por ello, el ataque se producirá en pocos meses.

Paradójicamente, un ataque israelí a corto plazo tendría efectos menos desestabilizadores que un ataque norteamericano a medio. Las posibilidades de Israel van poco más allá del lanzamiento de una serie de breves incursiones sobre las instalaciones claves del programa nuclear. Aunque la respuesta inicial iraní puede ser muy violenta, es muy probable que se diluya en breve plazo de tiempo. Y sobre todo dejaría a Estados Unidos fuera de la intervención directa. Sin embargo, si Washington decide finalmente atacar, no se limitará a incursiones puntuales, sino que lanzará toda una campaña aérea, que exigirá neutralizar la defensa aérea iraní y eliminar los medios navales y anti buque que amenazan el estrecho de Ormuz. Cuanto más se prolongue en el tiempo esta campaña, mayor grado de desestabilización regional se producirá.

Esto puede llevar al presidente Obama a considerar el ataque israelí como un mal menor y levantar finalmente el veto, sobre todo si las conversaciones propuestas por Irán se revelan como una mera artimaña para ganar tiempo. En cualquier caso, es una decisión que Obama desearía no tener que tomar, y que el régimen de Teherán podría evitar con simples gestos de apaciguamiento como los ya realizados.

El mayor problema puede estar en que, ante el creciente descontento interno, debido a la crisis económica agravada por las sanciones, el régimen realice una huida hacia adelante enrocándose en la intransigencia, y esperando que un ataque exterior consolide la unidad interna, como ya ocurrió en la guerra contra Iraq de 1980. Sería una triste decisión, impropia de los que se suponen herederos de una cultura milenaria, cuya supervivencia se ha basado siempre en la sutileza, la adaptabilidad y la negociación.

■ BIBLIOGRAFÍA

- BLANK, Stephen. *Iran's new diplomacy in the Caucasus*. Central Asia-Caucasus Institute, 2008. Consultado en febrero 2012 en <http://caciaanalyst.org/?q=node/4982>
- CIARRETA, Aitor y NASIROV, Shahriyar. *Analysis of Azerbaijan Oil & Gas Sector*. 2011. p. 11. Consultado en febrero de 2012 en http://www.usaee.org/usaee2011/submissions/OnlineProceedings/Ciarreta_Nasirov-Article1.pdf
- CORNELL, Svante E. *Iran and the Caucasus. The triumph of pragmatism over ideology*. GLOBAL DIALOGUE Volumen 3, Número 2-3, Spring/Summer 2001.
- HOURANI, Albert. *La Historia de los Árabes*. Albert Editorial, Ediciones B, Barcelona, 2003.
- GRESH, Geoffrey. "Coddling the Caucasus: Iran's Strategic Relationship with Azerbaijan and Armenia". *Caucasian Review of International Affairs*, vol. I; Invierno 2006. Consultado en febrero 2012 en http://www.cria-online.org/1_1.html
- GUNEEV, Sergei. "The South Caucasus and the Russia-Turkey-Iran geopolitical triangle". *RIA Novosti*. 6 septiembre 2010. Consultado en febrero de 2012 <http://en.rian.ru/analysis/20100906/160488263.html>
- MEIBODI, Ali Emami. *Efficiency considerations in the Electricity Supply Industry: the case of Iran*. Department of Economics, University of Surrey, July 1998. Consultado en febrero de 2012 en <http://www.surrey.ac.uk/economics/files/apaperspdf/SEED%2095.pdf>
- MOUSAVI, Seyyed Rasoul. "The future of the Caspian Sea after Tehran Summit". *The Iranian Journal of International Affairs*, vol. XXI, n.º 1-2 p. 27-42, Winter-Spring 2008-09.
- SADEGH-ZADEH, Kaweh. "Iran's Strategy in the South Caucasus". *Caucasian Review of International Affairs*, vol. 2 (1), Winter 2008. Consultado en febrero 2012 en http://www.cria-online.org/2_5.html
- SWARTZ, Spencer. "Big Oil Traders Cut Shipments to Tehran Amid Sanctions Talk". *Wall Street Journal*, 24 Septiembre 2009. Consultado en febrero 2012 en <http://online.wsj.com/article/SB125374209256635409.html>
-

Iran Summons Azeri Ambassador over Sheltering Mossad Terrorists.
Consultado en febrero de 2012 en <http://english.farsnews.com/newstext.php?nn=9010174592>. <http://data.worldbank.org>